

individual y colectiva, de 1939. El libro primerizo de Augusto Mario Delfino podría decirse que es saldo psicológico del período posterior a la primera guerra mundial imperialista, y el último es a modo de fermentario dramático de la angustia que atenaza a la generación de esta segunda y más espantosa guerra por el dominio del mundo.

Hay por ello una raíz que no se ve —pero se presiente— en la obra total de Delfino y en su armoniosa e inquieta arquitectura. *Para olvidarse de la guerra* es una sucesión de curiosos momentos en que el Buenos Aires de 1939 —con todas sus pompas y vanidades, con sus conflictos y sus miserias— nos ofrece lo que nunca podrían darnos sus personajes aislados: su vigorosa originalidad. Originalidad bonaerense transida en el espíritu de sus cuentos y originalidad en la manera con que el cuentista acuña sus expresiones. Todo fundido con un valor simbólico y un realismo que nada tiene que ver con la técnica literaria, sino con la reconstrucción de fragmentos vivos de la época y con el gesto contenido de este escritor, cuyas predilecciones se agruparon siempre del lado del análisis, de la atmósfera poética, del empleo acertado y valorativo de la elipsis y del sereno examen que nada teme de los turbios impulsos emotivos.

* * *

MARCOS VICTORIA, *De profundis*.—Buenos Aires, Ediciones de "El Ateneo". 90 pp.

El de Marcos Victoria es un caso infrecuente en el medio americano. Muestra una vocación servida a doble vertiente, un fogoso encararse con las dos caras de la realidad: la científica y la poética. Con el mismo coraje rigorista emprende el trazado de figuras verbales precisas y la exploración de caudalosos problemas biológicos o de neurología. Junto a sus libros *Las voces* y *El paraíso imperfecto*, en los que conduce con garbo la sin igual delicia poética, precisa colocar su *Ensayo preliminar sobre lo cómico*, su denso y metódico estudio sobre la *La gnosis corporal*, su disertación sobre la filosofía biológica de Hans Driesch o su medular *Teoría de las Apraxias*. Ya sea en la arquitectura de las ideas o en la arquitectura del sueño, Marcos Victoria asocia el explorar minucioso y el intuir obstinado. Su obra, por exigir una atención reconcentrada, sólo atrae a inteligencias lúcidas, a temperamentos conquistados uno a uno, al margen de toda resonante unanimidad.

Ahora me refiero no al Marcos Victoria científico, sino al Marcos Victoria poeta. En su evolución poética, lo mortal absorbe la acción de lo viviente. He aquí una de sus expresiones características: "Ríete de los otros. Ríete de ti mismo. Ríete de tu destino, que te dió brazos en lugar de alas. Ríete y muerde el óvalo de vidrio, como la víbora escupe su veneno. Muerde tu cárcel rabiosamente. Muerde tu destino. Muerde, y duerme para siempre."

En su poesía se maridan el amor y la muerte. Quien le gana el ánimo es la angustia. La angustia, lenta y paciente, furtiva como una larga raíz, penetra hasta los más íntimos redaños de su ser. Cuando sale a flote es en los versos desgarrados del *De profundis*. Siete años trabaja en estos poemas. Allí se mezcla una constante disgregación y el paisaje que presenta se halla como saturado de detritus biológicos. Visiones oscuras le entregan la imagen de Dios. Para Marcos Victoria, el argentino que se escinde, "Dios se compone de nuestras torturas y de nuestro arrepentimiento". Recuerdos visionarios le ayudan a ir amasando su concepto catastrófico del mundo. En constante transformación se bate la voz de los profetas —Ezequiel, Amós, Jeremías— y se mezcla a la delgada y tenue del Rilke de la muerte propia.

De profundis es el libro en que el sentido interior se ofrece en prosas poemáticas y en versos versiculados de ritmo ancho y caudaloso, derivados directamente de Walt Whitman. La libertad en el ritmo es el complemento de la coloración oscura. Marcos Victoria opera a base de estímulos dolorosos, de estímulos opacos que se cristalizan expresivamente en formas obsesivas. Como la sal satura el agua, el mundo lo ha saturado de acontecimientos bélicos significativos, de accidentes agrandados hasta dimensiones infinitas, y de una visión del "tiempo lacerado" en que la angustia radical traspasa las últimas resistencias y las últimas seguridades humanas. Al que entrega es al hombre desnudo, desatando la amarra de los instintos, meciéndose en un instante crucial de su vida en medio de los mundos.

Marcos Victoria, desde "Palabras en mi muerte" hasta las seis estancias ardidadas del "De profundis" crea, por así decirlo, a la máxima tensión. Los acontecimientos, sumergidos por años en su trasmundo, reposados en la sombra, irrumpen a la conciencia y en ella actúan como en un sueño. De índole onírica es el entremezclamiento de realidades desintegradoras, de anécdotas y paisajes en que los impulsos se desencadenan de modo emocional, y de visiones mitológicas, en las que el presente irrumpe en el pasado y falso oro se mezcla a varitas de "rouge". En la

noche en que vive siente la hora profética, esa que "los justos esperan rezando desde siglos", y "los nietos de los mutilados, los ciegos de las guerras la sienten venir". Lo casual, lo momentáneo, lo que es sólo accidente, cobra talla y dimensión distintas y se convierte en imágenes cercenadas de intensificación oscura y de múltiples interpretaciones.

Los versos del "De profundis" no son sentimientos latos, sino relámpagos de intuición, condensaciones dolorosas y experiencias angustiadas. En aras de su arquitectura, Marcos Victoria ha sido transeúnte de muchas ciudades, se ha mezclado con personas y plantas, ha hecho de buzo en la historia y en la leyenda, ha sentido cómo se desintegran las cosas y cómo los recuerdos ignotos se entremezclan a las situaciones de hace un instante. Lo que ha puesto en juego es la memoria subconsciente, los resortes oníricos, la confrontación de cosas que no se parecen las unas a las otras, y todas ellas mezcladas, trasvenándose, confundiéndose como las raíces en el bosque, hasta no ser más que sustancia de la sangre, imagen del propio ser, vertida a oleadas de canto y en vocablos sonámbulos que se enfilan en una hora muy singular de nuestra época.

Así es como de la claridad serena de su primer libro *Las voces*; de la música bien regida de *El paraíso imperfecto*; de su actitud de modernista refrenado, Marcos Victoria asciende —por el predominio de las cualidades emotivas en su potencia poética— a un lirismo romántico, en el que saltan las imágenes de manera eruptiva, las contradicciones reales se deforman hasta no ser sino cosas soñadas, y la técnica se adelgaza, se aligera y oscurece, hasta no ser más que verbo impenetrable de un expresionista, a quien la angustia lo ha saturado de tal modo que ha concluido por volvérselo consubstancial.

GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS

JOSÉ ALMOINA, *La biblioteca erasmista de Diego Méndez*.—Ciudad Trujillo, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Volumen xxxv, 1945.

De la Ciudad Primada de América nos viene esta obra, escrita por un distinguido catedrático español que ahora reside en Santo Domingo. Aportación interesante para el conocimiento del siglo xvi en su aspecto filosófico y social, el libro constituye uno de los regalos más agradables para el lector.